

## LA ULTIMA SEVILLA MUSULMANA \*

Por JOSÉ GUERRERO LOVILLO

Excmos. e Ilmos. Sres.:

Todo son cavilaciones a la hora de dar adecuado cauce a cuantos sentimientos suelen embargar a cualquiera situado en este trance. Porque toda fórmula de expresión ha sido ya agotada, todo se ha dicho en lo que cabe en este exordio y, además, en ocasiones, de manera inmejorable. ¿Qué es lo que ya queda por decir? Por mi parte yo no aspiro más que a reiterar mi agradecimiento a esas nobles personalidades que me han acogido. Afortunadamente la gratitud es un sentimiento tan puro que no necesita de retóricas. Un signo, un gesto, es más que suficiente. Que no se interfieran las palabras. Y ahora, en este instante, yo quiero dar cumplida fe de ese signo, de ese gesto.

\* \* \*

Ha querido el destino que yo viniera a ocupar el sillón que dejara vacío una personalidad tan completa en el campo del conocimiento de la realidad histórico-arqueológica sevillana como lo fue el Excmo. Sr. D. Francisco Collantes de Terán y Delorme<sup>1</sup>. De entrada he de decir que fue mi profesor —como también lo fue de otros ilustres académicos que hoy nos asisten— en aquellas disciplinas claves para la historia de nuestra ciudad: bibliografía, paleografía, diplomática en el marco

---

\* Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, pronunciado el día 30 de mayo de 1982.

1. Sobre la bio-bibliografía del Prof. Collantes de Terán y Delorme, vid. *Boletín de Bellas Artes* de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, 2.ª época, núm. VI.

de nuestra inolvidable Facultad de Filosofía y Letras, en el viejo edificio de la calle Laraña. Simplemente a través del documento directo y sobre todo en un ambiente irreplicable allí quedaba en pie todo el amplio complejo de una historia que rebasaba el marco local para manifestarse en toda su extensión sencillamente fascinante. Porque nuestras clases, nuestros entrañables contactos intelectuales se dieron bajo las nobles bóvedas de lo que entonces ya era, y aún sigue siendo, el ámbito impresionante de nuestro Archivo Municipal en las viejas Casas Consistoriales. Allí por donde campeaban todavía las sombras de Diego Riaño, Juan Sánchez, Hernán Ruiz, Benvenuto Tortello y tantos otros que contribuyeron a forjar nuestra entusiasta visión de la Sevilla del siglo XVI y también de la Sevilla perfilada en sus más esenciales raíces. Porque él mismo, nuestro profesor, contribuía a esta imagen. Sin querer se nos pegaba al oído los versos de Gómez Manrique en el recinto concejil toledano: «Pues vos fizo Dios pilares de tan riquísimos techos, estad firmes e derechos». El era, y así lo veo hoy, como un sólido pilar que, en el menester que Dios le asignó, siempre estuvo firme y derecho. Y así, firme y derecho, se nos fue para comparecer ante la Luz. Y allí seguiré ante los plúteos celestes, ante plantas, secciones y alzados, controvertidos niveles arqueológicos, calicatas, cortes estratigráficos y prospecciones ilusionadas. Todo ello reflejado en su noble rostro curtido ya bajo inefables soles y lluvias. Quiero decir con esto que él fue, no ya un ejemplo, sino todo un eficaz y permanente sentir cara al futuro de todos nosotros.

\* \* \*

Cumple ahora abordar la temática, el contenido de lo que haya de ser esta disertación. Y no quiero ni debo ocultar la suma de vacilaciones que entraña la elección de tema. Porque han sido, no uno, sino varios, los que a última hora me asaltaron. De muy variada índole, en cuanto se refiere al tiempo y al espacio, vengo a sacar de todo ello experiencias muy positivas que en un próximo futuro pudiera ampliar para luego

someterlas a vuestra consideración en el transcurso de nuestras tareas académicas.

Por todo ello, y en lo que hoy, y a esta coyuntura se refiere, mi decisión se orienta hacia un tema que me ha preocupado desde antiguo, tanto por la escasez de información seriamente utilizada como asimismo por la trascendencia de aquella hora que bien pudiera calificarse de áspera y decisiva en la gran tragicomedia de la historia. Me he decidido por analizar las secuencias finales de la última Sevilla musulmana, tema para mí obsesionante desde que, hace algunos años, lo abordé con motivo de la redacción de una historia de la Sevilla musulmana que luego discurrió por cauces diferentes a los previstos. Bien es verdad que aquel texto venía a decantarse en ambas orillas, musulmana y cristiana, puesto que el relato venía a insertarse en el cañamazo integral de una Historia de Sevilla. Lo que hoy traigo, no; es bien diferente. Porque, libre de todo contexto, entraña una visión exclusiva e inédita desde la ladera musulmana, de aquellos momentos de vigilia y sacrificio en que la suerte del vencido, como en tantos casos registrados por la historia, queda marginada y casi desconocida. De la conquista de Sevilla se aduce el cabalgar brioso de San Fernando, las gestas de Bonifaz, de Garci Pérez, de Pelay Correa, etc. Pero ¿y de los otros? ¿Qué fue de ellos? El «vae victis» seguirá siendo de por siempre una constante histórica. Y traer todo ello a la luz por supuesto entraña serias dificultades a la hora de reflexionar sobre episodios vivos. Pero todo sea en honor de una historia, que, si desde sus albores era ya apasionante, ahora, y a través de cuanto queremos saber, se nos antoja dentro de los límites de lo alucinante y de la fascinación.

Porque una alucinación parece el tránsito de la ciudad musulmana a la ciudad cristiana. Y por supuesto algo reacciona a nuestra sensibilidad actual. Con gran esfuerzo hemos de imaginar una ciudad deshabitada, inmóvil y en silencio. Sin más registro de sonido que el rumor de los penachos de las palmeras o del balanceo del ciprés al compás del viento. Se despidieron los almuédanos de los alminares y quedó helado el clamor de los zocos. E incluso las animalías, desamparadas,

han huido. Y no obstante esta Sevilla deshabitada por días debió de tener su encanto. Insensiblemente se vienen a la memoria aquellos versos de don Antonio Machado:

«¡Oh maravilla...!  
Sevilla sin sevillanos.  
¡La gran Sevilla!

\* \* \*

Sabido es que, cual si se tratara de un entramado biológico, todos los momentos finales son altamente dramáticos. Momentos estelares pudiéramos definirlos. También lo son los momentos iniciales de cualquier empresa humana. El campo bipolar nacimiento-muerte tiende al equilibrio. Qué duda cabe de que todo final entraña asimismo un comienzo. Y esto es lo que aquí queremos dilucidar. Un final sombrío sin más posteridad que el presunto brote de nuevas raíces a corto o largo plazo. Me refiere al fenómeno del mudejarismo. Pues en la historia de nuestra ciudad se abría una nueva andadura de signo bien distinto, ya que todo aquel sistema vino a derribarse apenas sin estruendo. Que si lo hubiera habido, a no dudar, habría sido ahogado por clarines victoriosos.

Causa estupor el que este proceso, jubiloso para unos, y doloroso, muy doloroso, para otros, se consumase en tan breve tiempo. Nadie hubiera sospechado en aquellos momentos exultantes del año 1198, en que el sultán almohade Abū Ya'qūb Yūsuf procedía a coronar el más bello alminar del mundo islámico con aquellas cuatro esferas doradas y simbólicas, la proximidad de la hecatombe. Pues justamente sólo a medio siglo, en 1248, se habría de operar la caída, la gran caída desde el cenit hasta el abismo. Y sin embargo nada de esto es nuevo. Se había producido con las variantes de rigor ya antes, en el contexto del Califato andaluz: Madīnat al-Zahrā', la ciudad flor, radiante, luminosa, apenas sobrevivió medio siglo. Luego, la más impresionante ruina. Sólo quedaba ya buscar por los arriates abandonados, entre rompimientos de luna, las sombras fugitivas del poeta Ibn Zaydūn y la princesa Wallāda, recortadas sobre los muros calcinados.

Tal vez no sea de pura ortodoxia el entrar de lleno en el entramado histórico que propició la tremenda catástrofe, la ruina de una ciudad próspera y tranquila, espejo de aquella ciudad riente y confiada que pronto, muy pronto, iba a saber de negros avatares. Porque Sevilla era entonces lo que hoy llamaríamos una ciudad espectáculo. En el transcurso de los tiempos lo siguió siendo, aunque con varia fortuna. Tan varia fortuna que ya hoy apenas podemos atisbar lo que fuera en aquella hora. Por ello quisiéramos intentar su evocación en la coyuntura mejor que siempre le hubo de cuadrar: envuelta en uno de los más intensos climas de seducción poética que jamás pudo imaginarse. Un poeta, Ibn 'Amr̄, el de los tristes destinos en la vida de Al-Mu'tamid, escribió un siglo antes desde la amarga experiencia de un circunstancial destierro:

«Sevilla es una ciudad que, cuando surge dentro de mí, reaviva la llama de mi dolor y cuando golpeo el pedernal del recuerdo veo y siento saltar chispas de fuego».

\* \* \*

Un siglo después la visión de esta ciudad fantasmal habría de hacerse también a través de chispas de fuego. Primero sería, en los días de triunfo, un auténtico despliegue de fuegos intrascendentes, auténticos fuegos de artificio, luminarias gozosas. Luego serían chispas de fuego de exterminio, de destrucción y de muerte.

En principio, en los días inmediatos a los inicios de la dominación almohade en Al-Andalus y terminado ya en Sevilla el eclipse que de tan gentil manera habló don Emilio García Gómez, la ciudad —sublime espectáculo como antes se ha dicho— despliega ante el espectador un fastuoso escenario, en que una muchedumbre turbia, abigarrada y pintoresca, desenvuelve sus pequeñas y grandes inquietudes. Era una ciudad culta, opulenta, fina, y, sobre todo con una indecible alegría disuelta en el aire en que se mezclaba y se mezcla la fragancia de las huertas y de los naranjales. Los alrededores, poblados

de alquerías entre la verde arboleda, la línea del acueducto y la famosa puente definían ya su personalidad fascinante<sup>2</sup>.

Dentro de la gran urbe se recorta la silueta de los alcázares y las bovedillas blancas de las mezquitas, de los baños y de otras suntuosas mansiones. Rebosan las gentes en las alhóndigas, en las alcaicerías, en las plazas y en los zocos. Y por todas partes el blanco rutilar de la cal o los destellos de sol en los frisos de reluciente azulejería. Las calles, incluso aquellas conceptuadas como de las más amplias, presentaban angosturas e irregularidades más visibles aún en aquellas otras, por secundarias, más oscuras y tortuosas. Calles que se nos ofrecen hoy con singular atractivo. Calles en extremo funcionales, fruto en buena parte del funcionalismo de la ciudad islámica. Estrechadas, en apoteosis de blancor, pavimentadas de ladrillo o de breves guijarros rutilantes, fueron algunas veces protagonistas del prodigio. En una de ellas, y ciertamente de las más céntricas y concurridas, creció una palmera, tan inclinada ya de puro vieja, que pensaron cortarla porque empezaba a obstaculizar el tránsito. El místico Ibn Arabi ve en sueños cómo el Profeta, en persona, bajó a acariciarla y la enderezó con sus manos finas. Al día siguiente, cuando fue a ver la palmera, la encontró vertical y firme. Refirió sueño y realidad a la multitud asombrada y aquel sitio vino a convertirse en lugar de bendición. Taumaturgia. Sevilla hechizada y hechicera<sup>3</sup>.

El hechizo es aún mayor en estas otras callejuelas más apartadas y silenciosas. Algunas de ellas sin salida, simples adarves, que garantizaban la privatización del espacio, así como la defensa de la pequeña, recogida comunidad. Otras aparecen cubiertas con pasadizos, corredores abovedados o una suma de arquillos espaciados. Estos arquillos cumplían,

---

2. E. GARCÍA GÓMEZ: *Un eclipse de la poesía en Sevilla: la época almorávide*, discurso de recepción en la Real Academia Española. Madrid, 1945. J. GUERRERO LOVILLO: *Sevilla Musulmana*, en «Historia del Urbanismo Sevillano». Real Academia de Bellas Artes. Sevilla, 1972.

3. Tan sugestiva leyenda tiene como protagonista, en efecto, al místico sufi murciano Ibn Arabí y la recoge D. Miguel Asín PALACIOS en su libro *El Islam Cristianizado*. Ed. Plutarco. Madrid, 1931, pág. 47.

más que una finalidad estética que hoy reconocemos sumamente grata, una finalidad utilitaria, pues servían para trabar, arriostrar muros siempre de precaria estabilidad dado lo elemental de su construcción. Pero además, lo apretado del case-río urbano, dentro de la cerca, la penuria de espacio, determinaban el que las viviendas extendiesen sus pisos altos —sobrados o algorfas— por las calles, merced a voladizos apeados en tornapuntas o jabalcones, e incluso cubriendo algún tramo de la calle. Era una manera sutil o inteligente de aumentar el espacio a construir sin interferir la red viaria. En este laberinto de callejas, cuando el sol cae a plomo y reverbera la luz sobre las paredes blancas, estos pasadizos ofrecían al transeúnte un oasis de frescor y de bienestar, dejando a intervalos para disfrutar mejor la umbría, el fuerte rompimiento de luz del espacio abierto. Y así la calleja aparecía a trechos umbrosa, a trechos encendida. Pródiga en revueltas también, viva en ella la tradición del desierto, al ser dispuesta para esquivar el viento y el polvo. Alguna vez, tras unas tallas desnudas, unas ramas de árboles altos, alguna palmera que agitaba sus temblorosos penachos o la aguja de un ciprés, insinuaban el secreto de callados y misteriosos jardines. Luego unas puertecitas pequeñas, semiescondidas, lo mismo pueden abrir a suntuosas mansiones que a humildes viviendas.

De estas casas, viviendas humildes, no se han reconocido restos sensibles en la Sevilla musulmana. Las han ido desplazando edificaciones más pretenciosas en sucesivas etapas vinculadas a un progresivo bienestar. Pero conocemos los entresijos de su construcción merced al tratado de hisba de Ibn 'Abdun: muros de tapial, vigas maestras y alfarjías de dimensiones fijas, tejas y ladrillos fabricados según moldes cuyos tipos estaban suspendidos en algún lugar de la Mezquita mayor para su correcta comprobación. Y luego toda la gama de oficios relacionados con el arte de edificar: alfareros, caleros, vidrieros, herreros, carpinteros, etc. Al Šaqundī encarece el esmero, la limpieza, el gracioso orden todavía conservado hoy, al cabo de más de siete siglos, en la disposición del humilde ajuar de las casas populares sevillanas. Allí no faltaba el agua que fluía de continuo; ni tampoco árboles frondosos, naran-

jos, limeros, limoneros, cidros que cobijan alguna fuente o que sirven de toldo a los patios. Estas casitas musulmanas se conservaron en buena mayoría hasta los albores del siglo XVI en que comenzó a renovarse, con módulos diferentes, el caserío sevillano. El programa urbanístico no podía ser más sencillo y humilde. De cualquier forma de una sobriedad ciertamente sobrecogedora y edificante.

Y en súbito contraste la suntuosidad de alcázares de ensueño. Si en las construcciones domésticas era de destacar la parvedad de espacios, todo ello es sobradamente compensado merced a un espléndido conjunto de alcázares, de los que se hacen eco, en un rosario de elogios, tanto la prosa como la poesía a través de siglos. No es cuestión de analizarlos aquí porque ya fue abordado el tema por quien esto escribe en 1970 con motivo de su recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría<sup>4</sup>. Bueno será recordar que dichos alcázares fueron construidos en la etapa abbadí bajo la sugestión directa de todo el peso del prestigio de una Córdoba que se alejaba ya en el recuerdo. Pues en efecto, dos de aquellos alcázares, el denominado *Qaṣr al-Zāhir* y sobre todo *al-Mubārak*, el «Alcázar bendito» respondían en su nomenclatura a dos salones de aparato o pabellones localizados en el palacio de los Califas de Córdoba. El último, el más suntuoso, cuya estructura sustancial se ha conservado, se erigió en la gran residencia palatina de los monarcas abbadíes. El último representante de la dinastía, el rey poeta al-Mu'tamid hizo de aquel recinto el solio de la poesía en España y lloró su pérdida con lágrimas de fuego en la soledad de su destierro de Agmat.

Todavía el gran palacio abbadí había de ser utilizado un siglo después por la dinastía almohade, signo seguro de supervivencia. En efecto, en ocasión en que el Sultán almohade Abū Ya'qūb Yūsuf I recibe en Sevilla la sumisión del reino de Murcia en la persona de Hilal, hijo del famoso Ibn Mardanis, le hizo alojar como signo de amistad, según refiere la Crónica

---

4. J. GUERRERO LOVILLO: *Al-Qaṣr al-Mubārak. El Alcázar de la bendición*, discurso de recepción leído el 19 de noviembre de 1970 en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Sevilla, 1974.

de Ibn Šāhib al-Šalā, «en el magnífico y amplio palacio de Muḥammad ibn ‘Abbād (Mu‘tamid)<sup>5</sup>.

Con tan noble precedente vivo y actualizado como para poder ser convertido en residencia regia en todo tiempo, los almohades se dieron a una ingente tarea constructiva en el orden civil. No se trata ya de las modificaciones introducidas en el viejo al-Mubārak, donde se insertan las construcciones del hoy llamado patio del Yeso o de la antigua Casa de Contratación, e incluso del Palacio de Ḥṣn al-Faraḡ, sino que además se actualizó una preciosa finca campestre de los abbadíes: la llamada entonces *Buḡayra al-Kubrā*, la laguna grande. Allí, al-Mu‘tamid un siglo antes había mandado construir, rodeado de huertos y jardines frondosos, servidos de rumorosas acequias, un pabellón central, desde el que se disfrutaba una bella panorámica de la ciudad. Todo ello se amplió en esta nueva coyuntura que, a juzgar por las recientes excavaciones, revistió alcances superiores: tres grandiosas naves con galería porticada ante una gran alberca que viene a justificar su denominación. Sus antecedentes, sin perder de vista las más cercanas sugerencias occidentales como *Madīnat al-Zahrā’*, *Qal‘a* de los Banū Ḥaamād y Aljafería, hay que buscarlos en oriente. Ello se desprende del mismo elogio que hace el cronista de Beja, Ibn Šāhib al-Šalā, en su *Tā’rij al-Mann bil-Imāma*, cuando, al recoger la autoría del propio Aḥmad ibn Bāšo, el mismo arquitecto que proyectó la gran Mezquita almohade de Sevilla, acerca de aquellos palacios de la al-Buḡayra, declara que eran «mejores que los de al-Tawrnaq y al-Sadīr —dos joyas de la arquitectura palatina de todos los tiempos, rozando el mito— y que se alzaban más allá de la puerta de Yāhwar como una luna luminosa»<sup>6</sup>.

En el obligado deambular por la urbe, tras los alcázares, las mezquitas. Mezquitas sencillas de los barrios, apenas humildes oratorios, y también las dos grandes aljamas o mezquitas principales. La primera, la más antigua, erigida en tiempos del omeya ‘Ab al-Raḥmān II, nació bajo tristes presagios

5. Ibn Šāhib al-Šalā: *Al-Mann bil-Imāma*, trad. de A. Huici. Valencia, 1969, pág. 194.

6. Idem, pág. 189.

que se cumplieron. Lo que de ella se conserva son los muy escasos restos incrustados en el edificio de la actual iglesia parroquial del Salvador. Ante unas perspectivas demográficas cada vez más exigentes, el Califa almohade Abū Ya'qūb Yūsuf decidió la construcción de un edificio nuevo no sólo más amplio, sino de mayor monumentalidad. Abū Ya'qūb era un hombre captado por la cultura andaluza. Había sido gobernador de Sevilla durante el califato de su padre y aquí se debió gestar una acendrada vocación que le lleva a erigirse en protector de las ciencias religiosas, de las artes y de las letras. Se repetía en él proceso similar al del omeya 'Abd al-Raḥmān III con su hijo Al-Ḥakam II, puesto que disfrutando la paz legada por su padre como fruto de continuas y victoriosas campañas, pudo dedicarse al patrocinio de las empresas del espíritu. Con muy aquilatado sentido político pensó hacer de Sevilla la segunda capital de su gran imperio. Fue así como se reforzaron las antiguas defensas, ya ampliadas por los almorávides, se construyeron los terraplenes o rampas cubiertas —az-salaliq— de las puertas de Sevilla por la parte del río para preservarla de las inundaciones; se alzaron amplios muelles en el río y se tendió sobre éste el famoso puente de barcas, que favorecía la intercomunicación entre las dos orillas. La iniciativa del Califa almohade se extendió a la construcción de las dos fuertes alcazabas, la interior y la exterior, en las afueras de la puerta de al-Kuḥl. También se hizo la traída de aguas de los Alcores merced a la renovación del viejo acueducto romano, lo que permitió plantar huertas y jardines con especies arbóreas muy valiosas. Se dispuso un gran depósito de agua en el centro de la ciudad, en la *hara mayūr*, la calle mayor; se construyen mercados, alcaicerías, y se dispuso una red viaria nueva, acondicionando también los viejos caminos para el mejor tránsito de mercancías y tropas.

Dos grandes fortalezas surgen en las proximidades de la ciudad: el Castillo de Alcalá de Guadaira y, en posición dominante sobre el curso del río, el Ḥiṣn al-Fara'y, el «Castillo del Miradero», el Castillo de Aznalfarache, donde el monarca solía retirarse para dedicar sus ocios a sus estudios preferidos de lingüística y medicina.

Todo aquel ingente esfuerzo cristalizó en poco tiempo, con ritmo acelerado, que no alteró en absoluto su orden y eficacia, en un plan completo de reformas que todavía hoy sorprende. Creció la población desmesuradamente, se multiplicó la riqueza, y el bienestar común se palpaba en cualquier resquicio de la ciudad. Muy atrás quedaba la ciudad triste y empobrecida que dejaron los almorávides. Ahora surgía la ciudad opulenta y vivaz que fuera siempre, reforzado su prestigio bajo el signo almohade. Hay en la historia del Islam un célebre mito que es el de la ciudad de cobre, ciudad misteriosa, pura imaginación con resabios poéticos, construida de mármol, agua y cristal. Pues bien, Sevilla rebasó las fronteras del mito para convertirse no ya en una ciudad de cobre, sino en una ciudad de oro. Y no por la vía de la pura metáfora, sino por una realidad manifiesta: la luz que se quiebra en la pedería de sus azulejos, un gran espacio de luz sobre el fondo dorado del cielo, cenizas dejadas por el gran incendio de la tarde.

En esta visión tiene un papel excepcional el gran despliegue sacral de la gran mezquita. Porque, en efecto, los almohades se deciden a erigir la grande y nueva aljama en el sector sur-oriental de la ciudad. Así surge aquel enorme cuadrilátero de piedra y ladrillo en cuyas proporciones, además de alguna minucia decorativa, vienen a ponerse de manifiesto los aires de Córdoba. De aquella Córdoba que un gran poeta estimó lejana y sola, pero que tal vez estuviese más cercana de lo previsto y por supuesto también exenta de soledad y arropada con maravillosos recuerdos que estallaban en las vivencias de taifas, almorávides y almohades.

En este punto forzosamente ha de surgir la interrogante: ¿Por qué los almohades se deciden por Sevilla como capitalidad del naciente imperio hispano-mogrebí? La pregunta tiene su trascendencia en orden incluso a la urbanística sevillana. Lo que se debate es, ni más ni menos, el problema de la capitalidad. Si las reiteradas ofensivas contra las Galias se hubieran resuelto con éxito, ciertamente hubiera sido Zara-

goza, en la llamada «Frontera Superior», la ciudad que con más justos títulos hubiera recabado la capitalidad de al-Andalus. Pero había que asegurar la comunicación con el Sur, siempre en ebullición, siempre peligroso. Los almorávides habían fijado la capitalidad en Granada, pensando quizá en esta única contingencia, porque, al ignorar la futurología, jamás pudieron pensar en el brillante epílogo nazarí. Los almohades resuelven el pleito ancestral entre Córdoba, la dilecta del pasado y Sevilla, la dilecta del porvenir. Si, en pura ortodoxia islámica, ocurre, como es bien sabido, que la ciudad, como tal, sólo ha de ser la ciudad del creyente, huelga decir que sólo razones de tipo religioso pudieran resolver el dilema. Ocurría que el *mih̄rāb* de la Aljama cordobesa se apartaba unos grados de la orientación canónica hacia la Ka'aba de La Meca. Por ello la única solución viable —puesto que lo demás era irreversible— habría de ser la construcción en otra ciudad, ninguna mejor que Sevilla, tan próxima y con tantas raíces, de una grandiosa mezquita, culminación y rival de la cordobesa y a la vez con ortodoxa orientación. La resultante en el orden político fue el otorgamiento de la capitalidad, así como en el orden urbanístico vino a operarse un desplazamiento hacia el Sur y por lo mismo, un freno al expansionismo hacia el Norte, tal como hasta entonces se había dado.

La gran Aljama sevillana erigida por 'Abd al-Raḥmān II en el siglo IX era ya insuficiente ante unas perspectivas demográficas cada día más exigentes. Ello determinó que el sultán almohade Abū Ya'qūb Yūsuf se diese a su mayor y más gloriosa empresa constructiva: la nueva aljama. Dicha empresa cuenta en su haber la presencia de un cronista meticoloso que supo dar fe cumplida de todas sus incidencias. Es el famoso historiador de Beja Ibn Ṣāḥib al-Salā, quien refiere que en el mes de ramadán el grande del año 567 (1171-72) se fijó el emplazamiento y trazado del edificio. Las obras duraron tres años y once meses lunares, y al frente de ellas figuraba el arquitecto Aḥmad ibn Baso, oriundo de una familia de mozárabes toledanos. El edificio se concluía en su primera fase en 1176, pero la primera *juṭba* o sermón de los viernes no se pronun-

ci hasta abril de 1182. Una segunda etapa constructiva se inició en 1188-89, condicionada a una presunta ruina parcial del edificio. Hubo sin embargo sensibles correcciones porque se amplió el patio o *sahn* y se continuaba la obra del alminar, iniciado en 1184, el mismo año en que moría el califa Abū Ya'qūb en la desdichada expedición de Santarem.

El alminar vino a dotar a la ciudad de su imagen imperecedera. Antes Sevilla no tenía rostro. Era, en frase de Emilio García Gómez, una «Sevilla en agraz», de la que apenas quedó una muy leve huella arqueológica y también alguna que otra referencia literaria. El marco de su paisaje no será más que el ancho río atravesando la llanura; a un lado la ciudad blanca salpicada por manchas verdes que delatan recónditos ajrdines. En la otra orilla, después de una breve llanura verde, los cerros del Aljarafe con su corona de olivos.

Un día los sevillanos, maravillados, vieron surgir el prisma de luz del alminar que luego sería bautizado con el nombre bello y sonoro de la Giralda. Sevilla era ya una gran población, con un elevado índice demográfico, y se había constituido además en centro de la cultura islámica occidental y no pudiendo albergar todo el caudal de su genio, lo derrama en buena siembra por el Magrib. La cosecha fue óptima y el alminar, la Giralda, el mejor galardón de aquel derroche generoso. Artífices andaluces, dispersos por aquellas tierras dejan la huella fina de su arte en obras múltiples, algunas de tanta categoría como el mimbar de la Kutubiya.

El alminar atrajo sobre sí desde los comienzos los más encendidos elogios. Los poetas acumularon sobre él todo lo mejor de su inspiración y sus más afortunadas imágenes, exaltando unas veces su majestuosidad, su excepcional altura al incrustarse en las nieblas de la noche, y otras la gracia sinuosa de su decoración. Incluso en nuestros días Juan Ramón Jiménez vio allí «una torre tan alta que por mucho que se aleje uno de Sevilla, siempre sobre la azotea del alma se refleja un poquito de la sombra de la Giralda». Y Federico García Lorca, al considerar su bellissimo exorno, encuentra su mejor caracterización al definirla como «una torre enjaezada». Y ello es la verdad. Porque una elegante y variadísima decoración

de ritmo suspendido, acentúa su ímpetu ascensional, su verticalidad ávida de alturas, resolviéndose así, como toda la mezquita, en la gran solución de compromiso en que se combinan la grandeza, pura nostalgia ya, del arte de la Córdoba omeya y las innovaciones del naciente arte magribí, traspasado ya de andalucismo puro.

Con lo ya apuntado se pone de manifiesto el peso de la gran tradición almohade en la vida artística de la ciudad. Todo ello con una enorme carga de futuro. Porque esos ingredientes combinados con fermentos del naciente mudejarismo determinarán un auténtico papel rector en el arte subsiguiente, tanto en lo propiamente cristiano como en lo musulmán granadino. Buen testimonio es la gran portada interior con que el rey Don Pedro ennobleció la fachada del viejo palacio abbadí de Al-Mubârak, la que hoy llamamos de la Montería. Es una feliz combinación de resabios almohades, nazaríes y mudéjares, y que hoy ha resultado ser precedente directo e inmediato de la gran fachada nazarí del palacio de Comares en la Alhambra y no a la inversa, como hasta recientemente se había sostenido. Es un afortunado hallazgo que presenté y defendí en mi ponencia sometida al III Congreso Español de Historia del Arte celebrado en Sevilla en octubre del pasado 1980.

En suma, éste era el fastuoso escenario donde iban a moverse en trágica representación los curiosos personajes que hubieron de componer la complicada trama de la historia de la ciudad en un momento que tuvo mucho de estelar pero también de barruntos de un próximo e irreversible holocausto. Toda aquella cima de esplendor lograda en tan inverosímil poco tiempo se debe, en rigor, a los tres primeros califas almohades activos en Al-Andalus. Estos fueron Abū Ya'qūb Yūsuf I as-Şāhid, el patrocinador del grandioso plan de ordenación de la ciudad, con efectivos afanes de renovación y de cara a una capitalidad sevillana, ahora recuperada; le sucedió su hijo, de vocación ya no tan andaluza como la de su padre, apellidado al-Manşūr, el victorioso, por el señalado triunfo militar que obtuvo en la reñida jornada de Alarcos (1195). Y a quien la fortuna le otorgó el inmenso galardón no

sólo de coronar la gran empresa de la Mezquita Mayor sevillana, sino el de presidir, dentro del público alborozo, las ceremonias de la coronación del más bello alminar del mundo islámico, de nuestra Giralda. Esta es la razón por la que muchos han entendido, erróneamente por supuesto, que la mayor y mejor torre sevillana surgió con un propósito votivo y conmemorativo. Luego, los comienzos del declive, la presencia en el trono del hijo Abū 'Ab Allāh Muḥammad an Nāṣir, a quien el destino le hubo de conferir uno de los más amargos trances que hubiera de soportar: el ser testigo de la tremenda derrota de su bien cualificado ejército en los llanos de Las Navas de Tolosa por las huestes de Alfonso VIII de Castilla. Desde entonces, entre los cronistas musulmanes, la magia del nombre Alfuns resultó suficiente para canalizar en un plano de gran protagonismo todos los males para el Islam.

Un crecimiento rápido en exceso y un descenso igualmente espectacular, es lo que caracteriza el ritmo de la historia almohade en Al-Andalus. Porque Sevilla había unido sus destinos a la dinastía mumínida como en otro tiempo Córdoba lo había hecho con la dinastía omeya, es fácilmente comprensible el que la decadencia de la una sería fiel reflejo de la decadencia de la otra. Los cortos reinados de los tres califas siguientes no hacen sino acentuar el proceso de la decadencia y desintegración almohades. Y Sevilla, en idéntico ritmo descendente, compartió asimismo esa decadencia. No obstante, el último de los califas aludidos, el llamado Abū Muḥammad 'Abd Allāh al'Ādil vino a condicionar un último destello de esplendor, o acaso el postrer esfuerzo para mantener la cota de prestigio que lógicamente interesaba a la ya maltrecha dinastía. Su mandato fue muy breve, apenas tres años, pero tuvo el gran acierto de nombrar para el gobierno de Sevilla a su hermano Abū-l-'Ulā, singular figura de amplia proyección en la historia de Sevilla, pero no suficientemente estudiada. Todo lo más que se aduce en su favor es haber sido el constructor de la famosa Torre del Oro, la Burġ al Sajab, cuando, en tiempos del califato de su padre, se dio a completar las defensas de Sevilla, rehaciendo sectores enteros de la muralla y abor- dando otros trabajos de utilidad pública que culminarían en

la construcción de la mencionada Torre, en rigor, una torre albarrana con el doble designio de cerrar el puerto comercial y reforzar la defensa de la plaza, sustituyendo a uno de los castillos abbadíes, Qasr al-Zahi, en aquel mismo emplazamiento. Todo ello pone de relieve el gran interés que sentía por todo cuanto a Sevilla afectaba. Y, sin embargo, no era sevillano, aunque bien pudo serlo de adopción.

Curiosa, fascinante figura la del príncipe Abū-l-'Ulā Idrīs, casi desconocida hasta hoy, salvando su vinculación con nuestra Torre del Oro. Era, no magribí, sino español, de Al-Andalus, nacido en Málaga, e hijo de madre española, la princesa Safiyya, hija del célebre caudillo murciano Abū 'Abd Allāh Ibn Mardaniš. Era su padre el califa almohade Ya'qūb al-Manšūr y su bisabuelo el gran conquistador 'Abd al-Mu'min, que inauguró la dinastía almohade. Hombre muy dado a lo exquisito, al lujo, a la ostentación, aunque todo ello sin rozar lo advenedizo porque era príncipe de sangre real. Tanto que, como en los mejores días de al-Mu'tamid, rodeado de intelectuales, sabios y poetas resucitó en Sevilla aquellos aires cortesanos que nunca debió perder. Tal vez por esa autosuficiencia, servida además por el rumor de que el Califa, su hermano al-'Ādīl, era juguete de las ambiciones de los grandes jerarcas almohades, se proclamó a sí mismo Califa, antes incluso de que destituyeran en Marrakus, la actual Marrakech, a su hermano, quien a los pocos días de su destitución aparecía ahogado en una alberca de su palacio. En rigor, habida cuenta de que su hermano se despreocupaba del futuro de la dinastía, él fue quien veló por el prestigio familiar y dinástico. Sevilla volvía a albergar dentro de sus muros, como después Marrakech, a todo un Califa. Desgraciadamente para el Islam el último califa que iba a reinar en Al-Andalus, cada vez más cercano el desastroso final.

Abū-l-'Ulā, que ya contaba con el reconocimiento de los altos jefes almohades de la Península, no tenía por menos que hacer efectiva esa sumisión en el Magrib. Y para asegurársela inició prolijas negociaciones cerca de Fernando III de Castilla en demanda de ayuda. Que le fue otorgada; un cuerpo de 12.000 jinetes que le acompañó en la empresa constituyen-

do su principal vanguardia y salvaguardia. Lo demás del protocolo ajustado entre el cristiano y el musulmán no es suficientemente conocido. Pero allí se empieza a evidenciar el agudo sentido político que caracterizó a San Fernando.

Tengo el convencimiento que ante un público no especializado en historia hispano-musulmana pudieran resultar muy extrañas estas alianzas tan dispares de cara a una común conveniencia. Sin embargo, la presencia de tropas cristianas junto a musulmanas y a la inversa es fenómeno frecuente a lo largo de la baja Edad Media. ¿Qué otra cosa no fue, en la misma época fernandina, el clima que propició el nacimiento del reino nazarí? Las milicias cristianas de Fernando III llegaron a Sevilla en el verano del año 626 (1229) y a comienzos de octubre de aquel mismo año Abū-l-'Ulā franqueaba el Estrecho con sus contingentes militares y marchaba sobre Marrakech, de la que se apoderó seguidamente. El historiador Ibn Abī Zar nos da cumplida noticia del pacto entre el rey de Castilla y Abū-l-'Ulā. Además de la entrega de diez plazas fuertes fronterizas se comprometían a edificar en Marrakech una iglesia cristiana, incluso con el derecho a usar las campanas para la llamada a los oficios litúrgicos, además de otras concesiones bastante onerosas para el creyente musulmán. Que el pacto, pese al escepticismo de algunos autores, existió, lo demuestran no sólo las actuaciones de las milicias cristianas fernandinas, sino también el hecho de que la iglesia construida para los cristianos fue luego asaltada, saqueada y destruida en 1232 por grupos de exaltados musulmanes.

La etapa que va desde el traslado de Abū-l-'Ulā a tierras africanas hasta la caída de Sevilla en poder de los cristianos, significa veinte años de historia sumamente agitada, en la que se debate una suma de aspectos que necesariamente habría de influir en el rumbo de los acontecimientos, tornándolos propicio a la política fernandina<sup>7</sup>.

---

7. Para el conocimiento de esta agitada etapa es imprescindible la consulta de Ibn 'Idārī al-Marrākusi, *al Bayān al-Mugrib*, trad. de A. Huici. 2 vols. Tetuán, 1953-54. También la crónica *Al-Ḥulal al-Mawšiyya*, traducción de A. Huici. Tetuán, 1952.

El principal de ellos fue el que Sevilla alzó audazmente la bandera independentista contra los almohades, aunque su promotor no fuera precisamente un sevillano, sino un descendiente de los antiguos reyes de taifas de Zaragoza. Se llamaba Yūsuf ben Hūd al Yazāmī. Odiaba con toda su alma a Abū-l-'Ulā porque lo creía comprometido en el destronamiento y muerte del anterior califa, su amigo personal. Tras organizarse en Murcia ofreció su vasallaje religioso nada menos que al califa abbasí Abū Ya'far al-Mustansir bi-llāh, quien desde la lejana Bagdad le otorgó el preciado título de Muḩāhid ad-Dīn, «combatiente por la fe». Sin embargo él prefería utilizar, tanto en los documentos de su cancillería como en la moneda, el *laqab* (título) de Mutawakkil 'ala Allāh, «el que confía en Dios». En sus banderas usó en adelante su propia divisa personal que repetía: «He confiado en el Dios único».

Personaje pintoresco y controvertido este príncipe rebelde Ibn Hūd. La historiografía del tiempo se inclina a presentarlo como hombre ignorante que sólo se preocupaba de buscar el aplauso de la plebe. El gran historiador al-Maqqarī, en su conocida obra *Kitāb Nafh al īb*, escribió de él: «Presentábase como el saltimbanqui que trota por calles y zocos, poniendo buena cara a la gente para ser siempre bienquisto y le recompensaran con mayor largueza». Es decir, la estampa de un auténtico demagogo. Sin embargo, a través de estas diatribas es notorio que su figura y comportamiento era en extremo preocupante por su acercamiento al pueblo, sus procedimientos que hoy llamaríamos democráticos y por la irritación que provocaba entre aquellos que prodigaron siempre desmedidos halagos a los autócratas califas mumínidas. Aunque fuera motejado de torpe gobernante, indigno político oportunista y otros denuestos, la realidad era muy diferente. Porque en poco tiempo se alzaron a su favor, reconociendo su autoridad, Alcira, Denia, Játiva, Almería, Jaén, Córdoba, Málaga y Granada. Fue así cómo los andaluces oprimidos por la intolerancia africana encontraron al fin al defensor de su causa. Y Sevilla, la primera ciudad de Al-Andalus que acogió de buen grado a los almohades, fue también la última que los expulsó.

Pero lo que en principio parecía discurrir por cauces diáfanos, luego se vino a ensombrecer. Los liberados vinieron a enfrentarse contra sus liberadores. De tal manera que frente a la democracia de raíz popular instaurada por Al-Mutawakkil Ibn Hūd, llegó a alzarse la figura no menos interesante de Ibn al Aḥmar, señor de Arjona, representante de la aristocracia árabe, el mismo que un día habría de echar los cimientos de una gloriosa dinastía, los banū Nasr, los Nazaríes, que prolongarían en Granada el dominio musulmán más allá de lo previsto. Al-Aḥmar era el aglutinante de la nobleza hispano-árabe, de la milicia y del estamento religioso. El choque resultaba ya inaplazable, dado que el propio cadí de la ciudad, Abū Marwān al-Bāyī, que regía los destinos de una ciudad de tanta solera aristocrática como Sevilla, había establecido contactos con Ibn al-Aḥmar. Pero bien pronto esos contactos, resultaron contraproducentes, porque el señor de Arjona alimentó el oculto deseo de anular a su aliado y alzarse con el reino sevillano. Y así, junto a fingidas negociaciones, envió a su yerno 'Alī ben Ašqilūla con un escogido ejército compuesto por gente de Arjona y un aguerrido cuerpo de milicias cristianas, para apoderarse mediante engaño de la ciudad. Así lo realizó aquél, ocupando el recinto y la alcazaba por súbito asalto. Cuando al-Bāyī intentó reaccionar ya no procedía, encontrando la muerte a manos de los asaltantes. Ello ocurría, según Ibn Idārī, en el año 633 (1235-36), poco antes de la expugnación de Córdoba por la hueste cristiana. Y en Sevilla, lo inesperado. Resulta que trece años antes de la conquista por San Fernando, la ciudad había sido ganada por una hueste cristiana. Pero ¿de dónde procedía y quién la mandaba? Es cosa hasta ahora ignorada.

El yerno de Ibn al-Aḥmar, 'Alī ben Ašqilūla, quedó como gobernador de la plaza. Pero por muy poco tiempo. Apenas un mes lunar. El pueblo, amotinado, lo rechazó, devolviendo la soberanía al caudillo popular al-Mutawakkil ibn Hūd. Ello fue para Ibn al-Aḥmar una tremenda ofensa de la que no se re puso, y ello explica la presteza con que acudió con los suyos a reforzar el cerco que Fernando III imponía a la ciudad. Al Aḥmar llegaba ante sus muros en plan de desquite. Hombre

calculador, frío, oportunista, se comportó con lo que hoy llamaríamos auténtico maquiavelismo, engañando a unos y a otros. Sólo así pudo llegar a fundar un reino y consolidar una dinastía. Porque lo que Sevilla le negó pudo conseguirlo, no a largo plazo, y quizá con creces, en Granada, atornillándolo con el pacto de Jaén, el protocolo, que le ofrecía otro más político que él: el propio San Fernando.

El retorno de la causa y los partidarios de Ibn Hūd trae a un primer plano de la urdimbre histórica del momento a Abū 'Amr Ibn al-Ādd, hombre de gran autoridad y prestigio, muy influyente, miembro de una de las grandes familias sevillanas, oriúnda de Niebla, hijo de un ilustre tradicionalista y por tantos motivos persona cuyo consejo en más de una ocasión contribuyó a despejar la cada vez más crítica situación en que se debatía Sevilla en esta hora.

Ahora comienza la gesta del ataque a Córdoba, en principio iniciativa de unos almogávares castellanos que se apoderan por sorpresa de una de las torres de la cerca de la ciudad de los Califas. Luego comienzan a llegar por cuenta propia algunos contingentes de caballeros, hasta que el rey de Castilla hace acto de presencia en el teatro de la contienda con ánimo de estimular a los impacientes sitiadores. Ibn Hūd, acampado en los alrededores de Ecija, no se resuelve a atacar en la primera hora, en momentos en que los expugnadores de Córdoba eran pocos. Tras de la duda, opta por alejarse de la cuenca del Guadalquivir para dirigirse hacia Levante. Acaso había intuido que su buena estrella hasta entonces, le abandonaba, y siquiera por momentos esperó mejor fortuna. En Almería le aguardaba la muerte. Su romántico sueño de reconstruir la utopía de un poder monolítico en Andalus, tal como los Omeyyas lo habían fraguado en Córdoba, aunque ahora bajo el signo abbasí, era tan lejano e irreal que no era más que eso: un sueño que vino a confundirse con la muerte.

La caída de Córdoba el día 23 de sawwal del año 633 (30 de junio de 1236) causó verdadera consternación en la sociedad islámica española. En Sevilla la onda catastrofista causó un fuerte impacto. Se exacerbaron las pasiones en todo sentido con preponderancia del miedo y los sevillanos llegaron a re-

considerar que una vuelta a la obediencia almohade tal vez fuera saludable. La idea fue de Ibn al-Ādd, el bueno, el pacífico, pensando que el valladar almohade podría protegerles de la codicia castellana. Pero no habían contado con que también en el Magrib la tónica general no discurría por mejores cauces. En pocas palabras, el Islam andaluz quedaba abandonado a sus propios destinos, tristes, trágicos destinos. Ibn al-Ādd, consciente del fracaso de sus iniciativas, adoptó finalmente lo más heroico para él: firmar una alianza con el rey de Castilla. Como vemos, Sevilla lo había intentado todo, se lo había jugado todo: en dos ocasiones había alzado a Ibn Hūd; por breve tiempo había soportado el dominio Ibn al-Aḥmar; había rechazado y reconocido por dos veces la soberanía almohade, en alternancia culminante y decadente. Ya no le quedaba más que pactar con un espejo de caballeros. Se llamaba Fernando, el III de la nómina de los reyes de Castilla y el llamado a ser inscrito en los registros de la Santidad.

Ha sido mi propósito el ceñirme, en este nada cómodo relato de las fuentes del vencido, utilizar sola y exclusivamente las fuentes de tal procedencia. Además, al llegar a las consecuencias finales, a las capitulaciones, resulta más eficaz acudir a la historiografía árabe, más explícita que la cristiana. A la vista de todo ello, resulta que en el pacto firmado por Ibn al-Ādd, ṣāḥib de Sevilla, y Fernando III de Castilla, el documento fue muy semejante al que poco después ultimó el castellano con Ibn al-Aḥmar durante el implacable sitio de Jaén: reconocimiento del rey de Castilla, pago de unas parias, cuya cuantía se desconoce, más la obligación de concurrir a su corte y prestarle ayuda cuando las circunstancias lo requisiesen, en rigor como tal súbdito mudéjar. También el príncipe heredero Don Alfonso había concertado parecidas estipulaciones el año 1243 cuando recibió la sumisión del reino de Murcia.

Un hecho que destacan con mucho los autores árabes es el que las estipulaciones para la entrega de Sevilla causaron hondo disgusto en el estamento militar, al menos entre los más representativos, que eran los más exaltados. En la ciudad se registraron motines y graves disturbios que el qā'id

Ibn al-Ŷadd hubo de afrontar y reprimir con mano dura. De las medidas más enérgicas que hubo de adoptar, la menos política por sus extremas consecuencias, fue la de borrar del dīwān del ejército, es decir del escalafón militar, los nombres de todos los que no acataban sus órdenes, licenciando también a los que hostigaban a la hueste cristiana ya demasiado cerca por la parte de Ecija.

Los hechos se precipitaban peligrosamente. Los jefes expulsados y los elementos inconformistas hicieron causa común y capitaneados por el qā'id Yaqqāf asesinaron a Ibn al-Ŷadd y rompieron el acuerdo con el rey de Castilla. Tran gravísima sedición militar y el asesinato del ilustre sevillano que con su prestigio, su bondad y diplomacia mantenía la precaria independencia de la ciudad, aunque sin cronología en las fuentes musulmanas, es de suponer que se diesen poco antes de que Fernando III emprendiese las operaciones finales contra la plaza y su territorio. Queda constancia, según referencia de Ibn Jaldun, que el rey cristiano, al saber que habían asesinado a su aliado y amigo, fue presa de vivo pesar y entonces rompió la tregua concertada con un Ibn al-Ŷadd, ya difunto, y lanzó con toda decisión sus tropas contra el preciado y a la vez difícil objetivo.

Los sevillanos se dieron cuenta, tardíamente, del grave error cometido y trataron de dar satisfacciones al Rey Santo, mostrándose dispuestos a concertar nuevas estipulaciones. El castellano vio claramente que aquel era el momento propicio para forzar la rendición. Sabía de las banderías y pasiones que corroían el campo sevillano. Cuando se supo del avance de las huestes fernandinas, se constituyó a toda prisa una junta de defensa presidida por el qā'id Yaqqāf y asistida por Yaḥya Ibn Jaldūn, Ibn Šuwaib, Masūd Ibn Jīyar y Abū Bakr Šuraiḥ. Fué el último acto político celebrado en la ciudad, el último consenso, cuando ya las tropas reconquistadoras completaban el cerco. De los personajes que integraban la junta de defensa, y que aquí quedan registrados, solamente uno, su presidente, ha pasado a la historiografía cristiana y a la posteridad, el qā'id Yaqqāf, que la *Crónica del Santo Rey*, y de allí todas las demás fuentes cristianas, ha transformado en Ayataf

o Axataf, el mismo que entregó las llaves de la ciudad al Santo Rey. Era un asesino y un cobarde<sup>8</sup>.

Lo demás trae consigo el laconismo de un parte oficial de guerra con versiones distintas aunque coincidentes. Ibn 'Idāri, el autor del *Bayān al Mugrib* refiere:

«El año 645 (1247-48) cercaron los cristianos por tierra y por mar a la ciudad de Sevilla y les hicieron gustar males a sus habitantes. Acamparon ante ella y llegaron sus contingentes en el mes de Yumada primero del citado año. Arreció este año su asedio y se llenó de ellos su región; cogieron a muchos de sus habitantes, arrebataron en sus naves a los niños y la pusieron en el mayor aprieto. Dispararon piedras con los almajaneques y faltaron las provisiones todas excepto lo que había en algunas casas de ricos, que se preocupaban de estas cosas como el alfaquí y cadí Ibn Mansur, que deseaba que los cristianos levantasen el cerco de la ciudad y mandaba a la gente combatir y disparar flechas. Pero la gente con todo esto estaba estupefacta; andaban como ebrios sin estar ebrios y murieron muchos de hambre. Faltaron los alimentos y la gente comió pieles»<sup>9</sup>. Era en realidad, decimos nosotros, un pueblo de trágicos destinos, ahora ya simples autómatas.

Y otro cronista, al-Himyari, el autor del *Kitab al Rawd al Mitar*, consigna:

«El Rey cristiano concedió a la población una tregua para permitirles organizar el transporte de todos sus bagajes que pudieran llevar. Al terminar la tregua la población abandonó la ciudad que permaneció desierta durante tres días. El monarca cristiano mandó escoltar a los emigrantes por un destacamento armado hasta la zona musulmana de seguridad».

Y concluye con este elogio digno de figurar, de haberse conocido entonces, en el proceso de beatificación del Rey Fernando:

---

8. Los veinte últimos años que preceden a la rendición de la ciudad se exponen, en resumen, por D. Isidro DE LAS CAJIGAS. Vid. *Los Mudéjares*, tomo II, cap. V. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1949.

9. Ibn 'Idāri: *Al Bayān al-Mugrib*, cit. Tomo II, pág. 187.

«Era un hombre dulce que tenía un gran sentido político» <sup>10</sup>.

Y era también, y esto es lo maravilloso, que el cronista musulmán había empezado a entrever la aureola de santidad de quien luego, y ya para siempre, habría de ser llamado el Santo Rey.

---

10. Al Ĥimyarī: *Kitāb al-Rawḍ al-Miṭar*, edic. Lévy-Provençal, *La Péninsule Ibérique*. Leiden, 1938, texto, pág. 22; trad., pág. 28.